

TRADUCCIÓN

Reflexiones sobre la historia política del Trabajo Social: complicidades y resistencias en tiempos convulsos*

Reflections on the Political History of Social Work: Complicities and Resistances in Turbulent Times

Vasilios Ioakimidis¹

Universidad de Essex, Reino Unido

Universidad de West Attica, Grecia

11

Cómo citar

Ioakimidis, V. (2025). Reflexiones sobre la historia política del Trabajo Social: complicidades y resistencias en tiempos convulsos. *Propuestas Críticas en Trabajo Social-Critical Proposals in Social Work*, 5 (10), 11-25. <https://doi.org/10.5354/2735-6620.2025.81263>

Resumen

Este artículo presenta una revisión crítica del Trabajo Social en el marco de la conmemoración de los cien años de su primera escuela en Chile y Latinoamérica, a través de tres figuras de la mitología griega: Némesis, Sísifo y Prometeo, las que sirven como analogía de algunas de las problemáticas y oportunidades que enfrenta la disciplina a nivel global. A partir de una reflexión sobre la historia política del Trabajo Social, y deteniéndose en algunas de las encrucijadas paradigmáticas a las que se ha enfrentado, se repasan las complicidades históricas de los servicios

Palabras clave:

Trabajo Social;
historia política;
justicia social;
opresión;
resistencia;
transformación

* Exposición realizada en el marco de la conferencia internacional «Cien años... y contando: historias, repertorios y contradicciones», el 29 de abril de 2025, organizada por el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Chile.

¹ Vasilios Ioakimidis, Grecia. E-mail: ioakimidis@uniwa.gr

sociales con la opresión, la colonización, el autoritarismo, la precarización, y la mercantilización de los cuidados. A la vez, se buscan reconocer las prácticas emancipadoras y de resistencia que se han inscrito en la historia y el presente de la disciplina, haciendo un llamado a proyectarlas y fortalecerlas hacia el futuro. Todo esto, bajo un compromiso transformador orientado a la justicia social, la solidaridad de clase, y la inclusión de las personas y las comunidades que el capitalismo y los Estados neoliberales mantienen al margen de la sociedad.

Abstract

This article presents a critical review of Social Work in the context of the centenary of its first school in Chile and Latin America, through three figures from Greek mythology: Nemesis, Sisyphus, and Prometheus, which serve as analogies for some of the challenges and opportunities currently faced by the discipline on a global scale. Drawing on a reflection on the political history of Social Work and focusing on some of the paradigmatic crossroads it has encountered, the article revisits the historical complicities of social services with oppression, colonisation, authoritarianism, precarisation, as well as the marketisation of care. At the same time, it highlights the emancipatory and resistant practices that have been inscribed in the history and present of the discipline, calling for their projection and strengthening into the future, under a transformative commitment oriented toward social justice, class solidarity, and the inclusion of individuals and communities that capitalism and neoliberal states continue to marginalise.

Keywords:
social work;
political history;
social justice;
oppression;
resistance;
transformation

Introducción

Conmemorar cien años de la formación en Trabajo Social en Chile y en Latinoamérica presenta una gran oportunidad para revisar críticamente nuestra disciplina. Cien años de increíbles avances académicos, pero también de rupturas. Cien años de importantes y enriquecedores legados, pero también de dolor y heridas. Cien años que merecen una celebración, pero también un ejercicio de reflexión y autoevaluación.

Esto es especialmente relevante en una época de certezas fluidas; un período caracterizado por la escasez de «constantes» (políticas, intelectuales o de otro tipo) que puedan hacer sentir seguridad a las y los académicos y profesionales más jóvenes del Trabajo Social, a la hora de navegar los dilemas políticos a los que se enfrentan.



No obstante, comprender la compleja historia política de nuestra profesión es el enfoque más seguro para desentrañar los dilemas que se nos presentan actualmente. Afirmo esto no de manera didáctica, ni compartiendo el elitismo académico que supone el historicismo en las Ciencias Sociales. Por mucho tiempo el Trabajo Social ha sufrido de su propia inseguridad y temor de enfrentar su pasado, como una especie de amnesia histórica. Es por eso que no debería cometer el error de comprometerse con una interpretación rígida o determinista de la historia; una interpretación en la que los acontecimientos y procesos históricos aparecen como una progresión fija. El historicismo solo nos privaría de la enorme oportunidad de «conectar los puntos» y dar sentido a la vigencia de la profesión a través de una valoración crítica de los legados vivos del Trabajo Social.

En este sentido, ¿cómo más se podrían entender los ecos del legado colonial en la protección infantil contemporánea? ¿O la representación desproporcionada de familias negras y de las llamadas minorías étnicas en el sistema de protección de la infancia? ¿O la versión contemporánea del «*workhouse*»² que es la Fortaleza Europa y los sistemas de refugio y asilo diseñados para demonizar y brutalizar a las personas en tránsito migratorio?

Podríamos preguntarnos, también, cuáles son las conexiones entre la fijación histórica del Trabajo Social por las prácticas atomizadas –como la eugenesia, el trabajo de casos o la patologización del trabajo clínico– y su atracción persistente (abierta o encubierta) por el positivismo; o cómo la evolución histórica del debate en torno a la autonomía profesional se ha extendido a la emancipación de las personas con las que trabajamos. Y así sucesivamente.

Se trata más bien de cuestiones existenciales a las que nuestra comunidad no puede responder de forma persuasiva sin apreciar las continuidades históricas. Aquí no hay atajos. Los movimientos radicales y críticos del Trabajo Social de los años setenta, por muy útiles e influyentes que sean, no pueden dar todas las respuestas a los nuevos dilemas que están surgiendo. El proceso de concientización política no es un proceso aislado. Parafraseando a Frantz Fanon, el influyente psiquiatra y pensador anticolonialista, cada generación de trabajadoras y trabajadores sociales debe descubrir su misión: cumplirla o traicionarla.

A propósito de esto haré referencia a tres figuras mitológicas que pueden poner a prueba nuestros conocimientos de mitología griega. No lo haré de manera folclórica ni por amor

² N. E.: El término «*workhouse*» hace referencia a las instituciones británicas punitivas del siglo XIX en las que se obligaba a personas pobres a vivir y trabajar en condiciones extremadamente duras a cambio de asistencia mínima. Estas instituciones funcionaban como mecanismo de control social bajo un discurso de ayuda.



a un clasicismo estrecho. Por el contrario, lo haré de una manera más bien dickensiana: recordando a través de estas figuras mitológicas los fantasmas del pasado, del presente y del futuro.

Némesis: arrogancia y justicia

Némesis fue una figura de la antigua mitología griega que personificaba el castigo y la justicia. A menudo se la consideraba la diosa que castigaba a quienes sucumbían a la arrogancia y a quienes cometían faltas morales, asegurándose de que nadie escapara a las consecuencias de sus actos. Podría decirse que las complejas historias del Trabajo Social pueden considerarse la némesis de algunas de las actuales limitaciones políticas y estrechas interpretaciones de nuestra profesión.

En nuestro reciente libro *Historias de complicidad y resistencia del Trabajo Social* (Ioakimidis y Wyllie, 2024), utilizamos el subtítulo *Historia de dos profesiones*. De qué otro modo podríamos dar sentido al hecho de que, por un lado, fuimos testigos de prácticas verdaderamente inspiradoras, potenciadoras y emancipadoras, que nutrieron constantemente nuestro deseo de formar parte de una «profesión por la que vale la pena luchar», pero, por otro, fuimos testigos del impacto de ciertas prácticas del Trabajo Social opresivas y, a menudo, alienantes. Como descubrimos en nuestro libro, individuos y comunidades enteras han sufrido la violencia y la injusticia del Estado, facilitadas directa o indirectamente por los servicios y trabajadoras/es sociales.

14

Entonces, ¿cómo vamos a valorar el ejemplo de la trabajadora social polaca Irena Sendler, quien se enfrentó a los nazis y salvó a miles de niños judíos en el tristemente famoso gueto de Varsovia, si no reconocemos al mismo tiempo que la gran mayoría de las/os trabajadoras/es sociales alemanes de la época apoyaban activamente al nazismo?

Una vez más, debemos sentirnos orgullosos de nuestras/os colegas antifascistas que, en los años treinta, no solo se pusieron del lado de las fuerzas democráticas durante la Guerra Civil Española, preludio de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, sino que también trabajaron activamente contra la opresión. Como Thyra Edwards, quien desarrolló proyectos enormemente creativos e integradores para niños, niñas y familias en las zonas liberadas del país, o quienes se unieron a las brigadas internacionales. Pero, al mismo tiempo, tenemos que reconocer que el aparato de asistencia social de la posguerra en la España de Franco fue cómplice de historias de abusos que llevaron al robo de más de trescientos mil bebés que fueron arrebatados a familias democráticas y obreras, y entregados a familias nacionalistas y militares.



¿Cómo podemos celebrar las enormes contribuciones de las y los trabajadores sociales antirracistas, a lo largo del siglo XX, si ignoramos el hecho de que la corriente dominante del Trabajo Social, en varias partes del mundo, operó contenta y obedientemente dentro de sistemas de colonialismo y racismo institucional? ¿Cómo podemos olvidar la complicidad de nuestra profesión con el *apartheid* sudafricano, cuando la Federación Internacional de Trabajadores Sociales (FITS) aceptó en sus filas a una Asociación de Trabajadores Sociales Sudafricana (SAASW) integrada exclusivamente por personas blancas, en una época en la que colegas del Congreso Nacional Africano (CNA) eran encarcelados y torturados? ¿Cómo podemos ignorar que, en manos de los servicios sociales de Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Groenlandia y otros lugares, cientos de miles de niños indígenas y aborígenes fueron apartados de sus familias y comunidades, institucionalizados violentamente y maltratados en instituciones religiosas de la Iglesia cristiana? Apenas el año pasado, el Primer Ministro de Nueva Zelanda expresó su pesar luego de que un informe de la Comisión Real de Investigación revelara que alrededor de doscientos mil menores, jóvenes y adultos vulnerables sufrieron abusos en instituciones estatales y religiosas durante los últimos setenta años (ABC News, 2024). No sorprende que la mayoría de estos niños fueran maoríes.

15

La complicidad, tanto histórica como actual, con los crímenes de lesa humanidad en Palestina o con las dictaduras militares que tuvieron lugar en Chile, Argentina y Estados Unidos, entre otros países, también ha sido documentada sistemáticamente en los últimos años; y la lista continúa. No nos equivoquemos: el legado de esta horrible historia sigue vivo y el trauma continúa sin cicatrizar. Las condiciones políticas que generaron opresión y complicidad están todavía presentes.

Reflexionar sobre esas historias nos ayuda a concluir que, contrariamente a lo que pueden sugerir las narrativas dominantes del Trabajo Social, los casos de opresión dentro de la disciplina no son raros ni aislados, ni están vinculados a unas pocas «manzanas podridas». Estas historias son endémicas y están directamente relacionadas con la propia naturaleza del Trabajo Social como profesión estatal, una «criatura de la ley», como reza el extraño término del derecho consuetudinario británico. El Trabajo Social como profesión estatal ha estado institucionalizado durante demasiado tiempo. Las historias de opresión actúan como un recordatorio constante de las catástrofes sociales que pueden ocurrir si las y los trabajadores sociales dejan de defender y priorizar los derechos humanos fundamentales.



El ajuste de cuentas con el pasado del Trabajo Social

Hoy enfrentamos una pregunta apremiante: ¿Debería el Trabajo Social confrontar su pasado problemático? y, de ser así, ¿cómo? Observando los procesos históricos más amplios, encontramos tres caminos que han seguido las sociedades: la justicia retributiva, la justicia reparadora y el olvido estratégico.

La justicia retributiva busca la rendición de cuentas. Los juicios de Nuremberg posteriores al Holocausto y el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia (TPIY) son ejemplos de ello. En nuestro campo, esto ha significado procesar a trabajadores y trabajadoras sociales cómplices de la violencia estatal, como en la dictadura argentina y en la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial.

La justicia restaurativa, arraigada en las filosofías indígenas, se centra en la sanación y búsqueda de la verdad. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica (TRC) demostró que el Trabajo Social puede participar en el proceso de sanación colectiva. En Canadá y Australia, nuestra profesión ha reconocido formalmente su complicidad en el genocidio cultural, apoyando los esfuerzos de reconciliación.

16

En cambio, algunos Estados optan por el olvido estratégico. El «pacto del olvido» de la España post Franco y el silencioso ajuste de cuentas de Grecia tras la junta militar lo ilustran. Estos enfoques suprimen verdades incómodas en nombre de la estabilidad, pero dejan injusticias sin resolver.

Sin embargo, no basta con reconocer el pasado. El Trabajo Social debe acoger una *justicia transformadora*, es decir, un proyecto político de cambio estructural con visión de futuro. El modelo de paz liberal, con su enfoque tecnocrático y mercantilizado, no ha conseguido abordar las profundas desigualdades a las que se enfrenta. Para transformar el Trabajo Social de manera significativa, necesitamos un cambio de paradigma radical y una acción colectiva audaz, que podría empezar con una *disculpa formal global* por parte de los organismos profesionales, promoviendo las rendiciones de cuentas nacionales.

Pero más allá de las palabras, debemos crear una comisión de la verdad, la justicia y la transformación, un espacio para el diálogo y las reparaciones colectivas, que deben ser específicas para cada contexto: restablecimiento del acceso a los archivos o registros, otorgar la ciudadanía u otras medidas concretas. Debemos centrarnos en *los movimientos dirigidos por supervivientes*, garantizando que sus voces guíen nuestro trabajo. *Transformación* también significa forjar *alianzas con los sindicatos y los movimientos sociales* para resistir la mercantilización del cuidado, y *reimaginar el Trabajo Social* como



algo arraigado en la comunidad, inclusivo e impulsado por la justicia. No se trata de una llamada a la reforma, sino a la reinención radical.

¿Abolir el Trabajo Social?

Tomemos un momento para considerar la idea del «Trabajo Social abolicionista». Pensadores como Chris Maylea han argumentado que la profesión ha fracasado tan estrepitosamente a la hora de proteger a las personas oprimidas que debería ser desmantelada o abolida (Maylea, 2020). Aunque respeto sus críticas y reconozco los auténticos defectos que ponen de manifiesto –injusticias sistémicas, jerarquías arraigadas y la reproducción de estructuras de poder opresivas–, debo ser claro: creo que este enfoque es fundamentalmente erróneo.

Desmantelar por completo el Trabajo Social beneficiaría directamente a las fuerzas neoliberales y autoritarias. Se trata de gobiernos e instituciones que aprovecharían con entusiasmo la oportunidad de debilitar, marginar o eliminar los servicios y ayudas de los que dependen tantas comunidades vulnerables. Incluso ahora, innumerables trabajadores y trabajadoras sociales de todo el mundo se enfrentan a la persecución, no por no hacer su trabajo, sino por desafiar la opresión, promover la justicia social y defender los derechos humanos.

17

El camino a seguir, en mi humilde opinión, no es eliminar el Trabajo Social, sino transformarlo radicalmente. Esta transformación empieza por rechazar los modelos burocráticos y verticalistas. En su lugar, debemos arraigarnos en las comunidades, alineando nuestro trabajo con los sindicatos, los movimientos de base y las luchas colectivas de las personas a las que servimos.

Un Trabajo Social verdaderamente radical no busca preservar el *statu quo*, ni tampoco busca desaparecer de la escena. Trata de convertirse en una fuerza vibrante en favor de la justicia, que amplifique las voces marginadas, desmantele la opresión estructural y construya un mundo más equitativo y compasivo. Esto es a lo que, creo, debemos aspirar: no a la abolición del Trabajo Social, sino a su reinención. Un Trabajo Social transformado que sirva de catalizador para un cambio significativo y duradero.

Sísifo: la alienación y la primacía de la clase

La idea de que las condiciones políticas que generaron opresión y complicidad siguen presentes nos conduce al segundo «fantasma» o figura mitológica: Sísifo.

Sísifo fue condenado por los dioses a una tarea eterna en el Inframundo: se le obligó a



hacer rodar una enorme roca colina arriba, solo para que volviera a rodar colina abajo cada vez que se acercaba a la cima. Esta tarea interminable e inútil se convirtió en un símbolo de trabajo inútil o interminable, dando lugar al término «sísifeo» para describir tareas que son a la vez laboriosas e interminables.

Con los años, a través de mi investigación y la de otras personas, hemos escuchado innumerables historias sobre el equivalente moderno de las tareas de Sísifo que se espera sean realizadas por trabajadores y trabajadoras sociales. Esto, por supuesto, es tanto histórico como presente. En nuestro libro, identificamos cómo profesionales del Trabajo Social, muy a menudo, eran manipulados/as con la promesa de profesionalización y estatus (Ioakimidis y Wyllie, 2024). Históricamente, muchas organizaciones de Trabajo Social han dado prioridad a la imagen de la disciplina por encima de las necesidades de las personas y las comunidades a las que deben ayudar. Cuando la profesión se sentía insegura sobre su base de conocimientos, a menudo se refugiaba en el positivismo rígido (modelos biomédicos) o incluso en la pseudociencia de la eugenesia. Cuando el Trabajo Social ha intentado presentarse como una actividad puramente técnica y políticamente neutral, a menudo ha ignorado el bienestar y los derechos humanos de aquellos a los que sirve. Esto ha sido especialmente evidente cuando se ha enfrentado al falso dilema de elegir entre los derechos humanos y la seguridad nacional.

Extendiendo esta realidad a la actualidad, podríamos decir que las y los trabajadores sociales están expuestos a condiciones laborales que son sistemáticamente alienantes y explotadoras. «Sobrecargados de trabajo y mal pagados», es la frase más utilizada por profesionales en las encuestas y estudios de investigación que intentan registrar las condiciones laborales de quienes ejercen el Trabajo Social.

La encuesta sobre condiciones de trabajo, realizada el año pasado por la Asociación Británica de Trabajadores Sociales (BASW) en el Reino Unido, puso de relieve cómo el 74,91% de las y los trabajadores sociales declararon sentirse incapaces de completar su trabajo durante las horas contratadas (BASW, 2023). También declararon haber perdido el control sobre su trabajo y su autonomía profesional.

Estas observaciones coinciden con los resultados de otras encuestas realizadas en varios países, como Grecia y España, así como con la de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales (IFSW). Curiosamente, la constante respuesta directiva o política a las demandas de cambio de las/os trabajadoras/es sociales se limita dentro del espectro irracional de «no existe el árbol del dinero» o, simplemente, «sigue con tu trabajo». Normalmente ambas. Pero no hay que cometer el error de separar las condiciones de explotación a las que se enfrentan estos profesionales, de las condiciones a las que se



enfrentan las personas y comunidades con las que trabajamos: las comunidades de la clase trabajadora. Porque, como sabemos muy bien, los «servicios sociales para los pobres» son «servicios sociales pobres».

No se puede negar que lo que estamos describiendo aquí presenta un panorama de crisis dentro y fuera de la profesión, cuyas raíces se encuentran en la incapacidad del neoliberalismo para abordar problemas estructurales profundamente arraigados dentro de la economía capitalista global. Como sugiere la experiencia de Grecia en los últimos años, la respuesta política e ideológica dominante a esa crisis ha sido más de lo mismo, bajo la forma de la santísima trinidad del neoliberalismo: mayor privatización, recortes en el sector público y expansión de la mercantilización. También está claro que, para algunos gobiernos, la crisis ha proporcionado una oportunidad política de oro para reducir el Estado de bienestar a niveles no vistos en décadas, especialmente en Gran Bretaña, donde el porcentaje de gasto en bienestar social se encuentra ahora en su nivel más bajo desde la década de 1930.

Como han demostrado colegas en todo el mundo, la narrativa dominante se ha centrado en «culpar a la víctima». Las personas pobres son pobres porque son vagas; las personas migrantes son peligrosas porque no respetan los valores europeos; las personas refugiadas preparan una invasión; las juventudes, cuando luchan por sus derechos, son desobedientes y delincuentes; quienes son del sur de Europa, son corruptos/as; los Estados africanos son «Estados bananeros»; los latinoamericanos son populistas. La lista de la alteridad, la estigmatización y la demonización es interminable.

Una vez más, esto supone una verdadera amenaza existencial para el Trabajo Social –una profesión que es, al menos en el mundo occidental, hija del Estado de bienestar–, una amenaza que hay que comprender y desafiar. Si la naturaleza estructural y existencial de la crisis del Trabajo Social continúa desestimada, sin abordarse ni cuestionarse, las y los trabajadores sociales se enfrentarán a la más amplia tarea sísifea de caminar ciegamente hacia una práctica opresiva. Una repetición en el siglo XXI de las horribles historias de la profesión.

La mezcla entre un enfoque tecnocrático de «manos a la obra», la primacía de la mercantilización, la discriminación y la aparición de sistemas informáticos complejos e inteligencia artificial como respuesta a todos los problemas sociales es, en efecto, extremadamente peligrosa y potencialmente catastrófica. Incluso si el Trabajo Social ha hecho algunos progresos en su comprensión política de las crisis concurrentes, sigue siendo una profesión que cae en el señuelo de la pseudociencia, en constante búsqueda



de una fachada metodológica creíble y de apariencia profesional. Puede que ya no adopte la forma de eugenesia o psicometría positivista, pero reaparece en forma de dogmas neurocientíficos y, más recientemente, de análisis predictivo basado en *big data*.

Estas dos historias cortas están interrelacionadas: el invierno pasado, Robert Williams, afroamericano de cuarenta y tres años, fue detenido agresivamente delante de su familia, sin que la policía de Detroit le explicara los cargos que se le imputaban (American Civil Liberties Union [ACLU] y ACLU of Michigan, 2024). Tras pasar la noche en una fría celda, descubrió que le habían acusado falsamente de robar relojes de diseño, basándose en un reconocimiento facial erróneo. A pesar de que existían pruebas en video que lo exculpaban, igualmente enfrentó un juicio. Este caso pone de relieve un problema más amplio: la inteligencia artificial y las tecnologías de reconocimiento facial suelen presentar sesgos raciales e imprecisiones, como demuestran investigaciones recientes.

Otro caso es el escándalo «Kids for Cash» (Infancias por dinero) en Estados Unidos, en el que un juez, Mark Ciavarella, recibió dinero de centros privados de detención de menores a cambio de condenar a un gran número de niños y niñas a sus instalaciones. Recibieron sentencias desproporcionadas por faltas menores, a menudo sin representación legal ni debido proceso. Niños y niñas, en su mayoría de origen latino y afroamericano, fueron enviados a prisión por infracciones como fumar en el recinto escolar, traspasar propiedad privada, gritar o beber alcohol (Juvenile Law Center, s.f.). El escándalo sacó a la luz la profunda corrupción de un sistema privatizado de prisiones y protección de menores, en el que el ánimo de lucro es el objetivo principal, en lugar de la capacitación y el apoyo a las infancias y las juventudes de clase trabajadora.

20

Combinando los elementos de a) el sesgo racial en la inteligencia artificial y el *big data*, b) la especulación y c) la urgencia con la que se pide a muchos servicios sociales del mundo que logren economías de escala mediante la adopción de sistemas tecnológicos, se vislumbra una realidad distópica. En Europa, también experimentamos la sofisticada militarización de los servicios para refugiados, donde Frontex gastó miles de millones de euros en complejos sistemas de vigilancia con inteligencia artificial y drones para reprimir y oprimir a las personas refugiadas que vivían en condiciones paupérrimas.

Ciertamente, no quiero parecer un tecnófobo ni un neoludita³, y creo sinceramente que la tecnología y la inteligencia artificial pueden ser potencialmente transformadoras.

³ N. E.: Neoluditas o nuevo ludismo se refiere a aquellas personas que critican la dependencia excesiva a la tecnología de las sociedades modernas, quienes reconocen los efectos negativos de la tecnología en diferentes ámbitos (salud mental y psicoemocional, relaciones interpersonales, impacto ambiental, privacidad de datos, etc.).



Pero nunca debemos olvidar que los prejuicios sociales, las políticas de explotación, las prioridades y las metodologías orientadas al lucro son endémicos en las economías de mercado e inseparables del capitalismo. El Trabajo Social estatal ha sido, y sigue siendo, una actividad clave para garantizar que las familias, las comunidades y las personas se atengan a los roles prescritos dictados por las economías capitalistas. Cualquier familia o persona que se desvíe de los roles morales y sociales prescritos es vista como «desviada», «problemática», «de clase baja» o, en la incorporación más reciente al léxico de la represión, «conflictiva». Y como indica el estudio de caso utilizado anteriormente, la tecnología por sí misma no puede abordar las desigualdades estructurales que se reproducen en las sociedades desiguales, las sociedades de clases.

¿Cuál ha sido el denominador común en todas las historias y ejemplos que hemos utilizado aquí? La clase, la clase social. En la mayor parte del mundo, en las economías de mercado, no se pide a trabajadoras y trabajadores sociales que se dediquen a la prestación universal de servicios. En su lugar, se les pide que utilicen sus sofisticadas metodologías y vocabularios para trabajar con los pobres. Ya se trate de personas con discapacidad, migrantes, jóvenes, personas mayores, personas que experimentan transiciones vitales, comunidades LGBTQ, infantes y familias en situaciones riesgo, comunidades negras y de minorías étnicas; la clientela del Trabajo Social está compuesta exclusivamente por las personas más pobres de la sociedad.

La idea de que la difunta reina Isabel fuera remitida a un trabajador social porque uno de sus hijos demostrara un comportamiento sexual depredador; o que lo fuera George Bush, para evaluar sus opciones de «vida independiente», es sencillamente ridícula. Y quizá este sea el punto débil de gran parte de las críticas posmodernas al Trabajo Social que, perdidas en el laberinto de la política identitaria, olvidan la primacía material de la clase social en esta ecuación política.

Prometeo: rebelión, resistencia y transformación

La centralidad de la clase social en este debate nos lleva al tercer «fantasma» mitológico. Este está orientado hacia el futuro. Prometeo fue una figura rebelde de la mitología griega que desafió a los dioses robando el fuego y dándoselo a la humanidad. Sus actos de rebeldía simbolizaban el conocimiento y el desafío a la autoridad. Karl Marx y otras/os pensadoras/es de la filosofía política utilizaron el concepto del «hombre prometeico» en contraste con el obediente «hombre pontificio», quien se somete a la voluntad divina. Prometeo encarna la resistencia y la búsqueda del progreso humano, soportando un castigo eterno por su desafío.



En la historia del Trabajo Social existe un legado antiguo y orgulloso de trabajadoras y trabajadores sociales que gritaron: «no me metí en el trabajo social para esto», cuando se les pidió que se comprometieran con prácticas opresivas. Desarrollaron poderosas prácticas antirracistas y antifascistas, salieron a la calle, se unieron a movimientos sociales, propusieron formas alternativas de hacer Trabajo Social y demostraron la importancia de la solidaridad de clase. Como he mencionado antes, por cada capítulo de las horribles historias de nuestra profesión, ha habido un contra-capítulo que ha demostrado prácticas de resistencia. Y esta es, en efecto, la tarea que nos espera en la turbulenta coyuntura política a la que nos enfrentamos, una coyuntura política caracterizada por múltiples perturbaciones, o «un mundo fuera de control», como diría el difunto sociólogo Emmanuel Wallerstein (2015).

A pesar de la violencia y la crueldad presenciadas en la coyuntura actual, aún hay espacio y tiempo –aunque increíblemente limitados– para que nuestras sociedades recuperen nuestra humanidad común. Actuar para revertir la inminente «era de las catástrofes» no es una mera opción ética y política hacia un futuro mejor. La acción urgente para la transformación social es ahora el único camino a seguir para nuestras sociedades.

22

Este puede ser un proceso exigente y, en ocasiones, doloroso, ya que requiere un análisis y una *praxis* que sean, a la vez, contextuales (centrados en la comprensión del contexto político) y existenciales (centrados en la comprensión de nuestro propio papel) en este proceso emancipador. Tenemos por delante la misión de comprender la incorporación consciente o inconsciente de los legados coloniales (brutalidad calculada, actitudes coloniales). De hecho, ya es hora de que el Trabajo Social incluso «descolonice su propio proceso de descolonización».

Lamentablemente, la palabra descolonización se ha reducido, en demasiados casos, a otra palabra de moda. Algo con lo que debemos comprometernos de forma performativa y simbólica. Otro ejercicio para marcar casillas en nuestros planes de estudios o prácticas. Por el contrario, la descolonización debe ser significativa, radical y dirigida a abordar las repercusiones actuales del colonialismo, como las desigualdades de larga duración y el silenciamiento de las voces marginadas.

Tenemos que seguir diciéndole la verdad al poder. Porque, en efecto, las trabajadoras y trabajadores sociales ocupan un espacio único: son testigos de la topología profundamente arraigada de la división de clases y las políticas del embrutecimiento. Su impacto debe ser documentado y confrontado.



Para lograr esta transformación, el Trabajo Social debe volver a imaginarse a sí mismo como parte de un bien común más amplio, lo que a mí me gusta llamar un «bien común del Trabajo Social». Esto significa fomentar un espacio colectivo en el que valores, recursos y conocimientos compartidos impulsen nuestra práctica, un frente unido por la justicia social y el bienestar social universal y democrático.

Al abrazar esta idea de un bien común, nos comprometemos a construir una profesión que no sea simplemente reactiva, sino proactivamente transformadora, basada en la solidaridad y en una profunda comprensión de nuestras luchas interconectadas. Pero el primer paso es reconocer la encrucijada. Identificar los caminos no tomados, crear más oportunidades históricas de cambio. Como indicó Wallerstein (2014) a lo largo de toda una vida comprometida con la justicia social y la erudición: «¿Existen aún otras posibilidades? Por supuesto que las hay. Lo importante de reconocer es que todas (...) las opciones históricas están realmente ahí, y la elección dependerá de nuestro comportamiento colectivo en el mundo» (p.163).



Referencias bibliográficas

ABC News. (2024, 24 de julio). New Zealand Prime Minister Christopher Luxon promises reform after inquiry finds over 200,000 abused in care. ABC News. <https://www.abc.net.au/news/2024-07-24/new-zealand-pm-promises-reform-after-inquiry-finds-abuse-in-care/104137692>

American Civil Liberties Union (ACLU) y ACLU of Michigan. (2024). *Williams v. City of Detroit: False arrest based on facial recognition technology*. <https://www.aclu.org/cases/williams-v-city-of-detroit-face-recognition-false-arrest>

British Association of Social Workers. (2023). *Improving working conditions for social workers*. BASW. <https://www.basw.co.uk/about-basw/campaigning-and-influencing/improving-working-conditions-social-workers>

Ioakimidis, V. y Wyllie, A. (2024). *Social work's histories of complicity and resistance: A tale of two professions*. Bristol University Press.

Juvenile Law Center. (s/f.). *Luzerne "Kids for Cash" scandal*. <https://jlc.org/luzerne-kids-cash-scandal>

24

Maylea, C. (2020). The end of social work. *British Journal of Social Work*, 51(2), 772-789. <https://academic.oup.com/bjsw/article-abstract/51/2/772/6018482?redirectedFrom=fulltext&login=false>

Wallerstein, I. (2014). *Historical capitalism*. Verso.

Wallerstein, I. (2015). *The world is out of joint: World-historical interpretations of continuing polarizations*. Routledge.



Biografía del autor

Vasilios Ioakimidis es un destacado académico en Trabajo Social histórico y comparado. Es Profesor Titular en la Universidad de West Attica y mantiene afiliaciones honorarias con la Universidad de Essex –donde se desempeñó como Presidente Fundador del Centro de Trabajo Social y Justicia Social hasta 2020– y con la Universidad de Johannesburgo. Anteriormente fue Profesor Asociado en la Universidad de Durham.

Correo electrónico: ioakimidis@uniwa.gr

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-0457-6782>

